

—Continúa; dijo Jacobo.

—Tal vez pedirá un sacerdote, es seguro; si no lo pide será por cortedad; ofréceselo tú mismo, y deja que le escoja, juramentado ó no. Sea el que quiera, puedes protegerle. Además, en todas esas pias diligencias, su madre la ayudará y recibirá sus confidencias. Los dos niños son demasiado pequeños para comprender su desgracia; pueden estar á su lado hasta el último momento, si la enfermedad no es contagiosa.

—Serás obedecido puntualmente.

—Te guardaré un reconocimiento eterno.

—¿Te acompañaré á tu casa?

—No; voy á partir, deseo ver á solas á mi esposa; ¡quiero decirle adios! También tú, añadió mirando á Jacobo, tienes un profundo pesar.

Merey sonrió tristemente.

—¿Tu corazón conserva alguna esperanza?

—Muy poca.

—Pues bien, á mi regreso me lo referirás, y el inconsolable te consolará.

—Hasta la vista: ¡ay! á ella tengo que decirle adios.

Y ambos amigos se abrazaron estrechamente.

Después Danton se dirigió á su casa con la desesperación pintada en el rostro.

Jacobo le vió alejarse con profunda tristeza, y cuando la puerta se cerró, dijo:

—Felices los humildes en la ciencia y los pobres de espíritu; creen en algo más allá de la vida; pero nosotros...

Y á su vez salió desesperado.

XXV.

La comunión de la tierra.

Lieja no siguió el ejemplo de Bruselas: se entregó por completo á la revolución.

De diez mil votantes, solo cuarenta rehusaron entregarse en manos de Francia, y en toda la provincia, que reunía veinte mil votantes, no hubo sino noventa y dos contra la Francia.

Hace tres ó cuatro años que, encontrándome momentáneamente en Lieja, escribí desgraciadamente estas palabras: *Lieja es una pequeña Francia extraviada en Bélgica.*

Esta frase, aunque histórica, provocó sin embargo un torrente de maldiciones contra mí.

—¡Ay! Precisamente la desgracia de Lieja fué ser demasiado francesa.

Después de haber creído en la monarquía, en el reinado de Luis XI, creyó en la república bajo la Convención.

Se perdió dos veces por tener demasiadas simpatías por los franceses.

Los lijenses tenían que echarme en cara la ingratitud de Francia, y negaron la abnegación de Lieja.

Desgraciadamente ignoraba la población quién era aquel hombre de doble faz, llamado Dumuriez.

No sabía que es muy difícil sostener la espada leal del soldado después de haber manejado la antigua pluma de los secretos diplomáticos de Luis XV.

No vió en el general sino al defensor del Argonne, al vencedor

de Jemmapes, y no al hombre que se habia creado una posicion para venderla.

No pensaba que le era imposible dejar de escribir, de adelantarse, de ofrecerse, ni que despues de la batalla de Valmy habia escrito al rey de Prusia, y despues de Jemmapes á Metternich, y que antes de entrar en Holanda se dirigió al Sr. de Talleyrand, á Lóndres.

Todas aquellas contestaciones no llegaban, y Dumuriez las esperaba, cuando llegó Danton.

Le encontró entre Lieja y Aix-la-Chapelle, detrás de un riachuelo que no podia servir de defensa.

Curiosa debió de ser la entrevista entre aquellos dos hombres.

Danton, es incontestable, era materialista en todo; pero tenia un amor inmenso por su patria.

Dumuriez, tan material como él, pero hipócrita, tenia formado su propósito de sacrificar á su ambicion todo, hasta la Francia.

Cuando vió á Danton se admiró; pero reponiéndose, dijo:

—¡Ah! ¿sois vos?

—Sí, yo soy.

—¿Venís á buscarme?

—Sí.

—¿De parte de la Convencion ó vuestra?

—De los dos. Yo propuse enviaros un comisionado, y al mismo tiempo me indiqué á mí mismo.

—¿Y qué idea os trae aquí?

—Ver si, como dicen, nos vendeis.

Dumuriez se encogió de hombros.

—La Convencion ve traidores por todas partes.

—Está en un error, dijo Danton; no hay tantos traidores como cree, y además que no siempre puede ser traidor el que quiere serlo.

—¿Qué quereis decir?

—Que sois demasiado caro para que os compren, Dumuriez; por esto no os habeis vendido todavía.

—¡Danton! exclamó levantándose el general.

—No nos enfademos y dejadme hacer de vos, si puedo, el hombre que he creído encontrar, ó el que podeis ser.

—Ante todo, en donde esté Danton, ¿quedará un sitio que pueda convenir á Dumuriez?

—Si otro pudiera ocupar el puesto de Danton, creed que se le cederia; pero no hay nadie más que yo que pueda abofetear con una mano á ese miserablé que se llama Marat y arrancar con la otra la máscara al hipócrita Robespierre. Mi porvenir es la lucha contra la calumnia, contra el ódio, contra la desconfianza y la estupidez.

Me veo en la precision algunas veces, como lo he hecho en la última sesion, de reunirme con personas á quienes desprecio y ódio, en contra de las que estimo y amo. ¿Crees que no estimo más á Condorcet que á Robespierre, y que no amo á Vergniaud más que á San Justo? Pues bien; si continúa la Gironda marchando por el mal camino, me veré obligado á destruir á la Gironda, aun cuando no sea ni falsa, ni traidora, sino solamente torpe y ciega. ¿Crees que no será un dia triste para mí aquel en que tenga que pedir en la tribuna la muerte ó el destierro de hombres como Roland, Brissot, Guadet, Barbaroux, Valaze, Pethion?... Pero ya ves, Dumuriez, esos hombres no son más que republicanos.

—¿Pues qué habian de ser?

—Revolucionarios.

Dumuriez sacudió la cabeza.

—Entonces, dijo, no soy el hombre que te conviene, porque no soy ni republicano, ni revolucionario.

Danton se encogió de hombros, y replicó:

—¿Qué importa; eres ambicioso.

—Y segun tu opinion, ¿cuál es mi ambicion?

—Por desgracia, no es ni la de Temístocles, ni la de Washington: eres ambicioso como Monck. Brillante celebridad para el porvenir la de haber colocado en el trono á Cárlos II.

—Los Temístocles no son de nuestra época.

—¿Serias tú un Washington?

—Ya lo he dicho.

—Sí; pero cuando estuviera hecha la revolucion.

—¿No tienes bastante con la de la Francia?

—Las tempestades verdaderas no son las que agitan un extremo del Océano, sino las que le conmueven de polo á polo, y ahí tienes en lo que no has comprendido tu mision, Dumuriez. En lugar de formar en Bélgica la tempestad, y á ello te impulsaban los vientos de nuestras gloriosas jornadas, que soplarían desde el Atlántico hasta el mar del Norte, has procurado calmarla. En lugar de reunir la Bélgica á la Francia, la has dejado dueña de sí misma.

—¿Y qué debia hacer?

—Debias haber caido sobre Bélgica con mano firme y servirte de ella para dar libertad á la Alemania: la Bélgica debia ser para tí un instrumento y nada más. Debias haber impulsado al valiente pueblo flamenco, quien lo deseaba, y hacer de él la espada contra el Austria. Entre tanto debias haber organizado el Brabante y Flándes; hubieras decretado por todas partes la revolucion, confiscado los bienes de los emigrados, de las hechuras del Austria; hubieras sido la hipoteca y la garantía del millon en papel que acabamos de lanzar á la circulacion. Por último, no debias pedir nada á Francia, ni pan, ni sueldos, ni vestidos, ni forraje. Todo debia dártelo Bélgica.

—¿Y con qué derecho disponia yo de los bienes de los belgas?

—¿Me haces formalmente esa pregunta? Con el derecho de la sangre derramada por ellos en Jemmapes; con el derecho de haber abierto el Escaut para la navegacion; el Escaut, que nos costará una guerra interminable y ruinosa con la Inglaterra. Cuando emprendemos por Bélgica y por el universo una lucha en la cual sucumbirá tal vez un millon de franceses; cuando Francia derramara bastante sangre para que desborden el Meusa y el Rhin, ¿vacilaria Bélgica en dar veinte, treinta ó cuarenta millones? Imposible.

En 89, cuando Francia hizo su levantamiento, dijo: *Todo privilegio es una usurpacion. Anulo todo lo que se ha hecho bajo el despotismo.* Pues bien, habiendo proclamado esos principios, Francia no puede retroceder. En donde penetre tiene que declararse *poder revolucionario* y tocar á somaten; si no lo hace, si se contenta con

palabras y no con obras, entregados á sí mismos los pueblos no tendrán energía para romper sus cadenas.

Nuestros generales deben dar seguridad y garantía á las personas y propiedades; pero las del Estado, las de los príncipes, las de sus favoritos, de sus satélites, de las comunidades láicas ó eclesiásticas, esas son las arras para los gastos de la guerra. Tranquilizar á los pueblos, invadirlos, darles una solemne declaracion de que jamás se contemporizará con sus tiranos. Si se encontraran cobardes que negociaran con la tiranía, diria Francia: Desde este momento sois mis enemigos, y los trataria como tales. ¡Oh! Cuando en las revoluciones se profundiza es preciso que sea lo más hondo posible, sin lo cual se abren su propia tumba.

—Pero entonces, replicó Dumuriez, quien habia escuchado con la más profunda atencion, ¿quereis que sean miserables y pobres como nosotros?

—Eso es, contestó Danton; es preciso que sean pobres como nosotros: nos buscarán y nosotros les acogeremos.

—¿Y despues?

—Haremos lo mismo en Holanda.

—¿Y despues?

—Iremos más lejos, siempre más lejos, hasta que el mundo se haya formado á imagen nuestra.

Dumuriez se levantó.

—Etais loco, dijo.

Y se dirigió á una ventana y se apoyó contra un cristal: le ardia la cabeza.

—Sois vos el loco, repuso Danton sin alterarse; vos, que buskais el medio de refrescar vuestra cabeça.

—¿Habeis olvidado, añadió, lo que al nombraros general del ejército y mandaros á Bélgica dijisteis á Cambon?

—Yo he dicho muchas cosas, replicó Dumuriez con el acento de un hombre que no se cree obligado á recordar lo que ha dicho.

—Pues habeis dicho: enviadme á Bélgica y me encargo de hacer pasar el papel-moneda.

—Haced que no pierda, y entonces le haré pasar.

—Gran mérito; os pertenece á vosotros, generales de la revolucion, conquistarnos paises para que no pierda el papel. La revolucion francesa no solo es una revolucion de ideas, sino tambien de intereses. Si no teneis más que un *assignat* de veinte francos, os damos por veinte francos de tierra y entonces deseareis cuarenta. Existe lo mismo entre nuestros aldeanos aun en los de la Vendía, como en los belgas ó los del mundo entero, una religion más arraigada que la religion católica, apostólica, romana: la de la propiedad. Cuando esos aldeanos han sido pobres, que han sufrido con la servidumbre, que han fecundizado la tierra para los extraños con el sudor de su frente, llamadlos para esa comunión y dadles el papel-moneda como hostia, y entonces podeis decir á todos los reyes: ¡Oh! soberanos de la tierra, somos más ricos que vosotros.

—Y entonces, ¿me permitiriais ser Washington? preguntó Dumuriez sonriéndose.

—Entonces podeis ser lo que gustéis, porque la Francia seria bastante poderosa para no temer á ningun César.

—Pero hasta entonces...

—Hasta entonces, si pensais venderla, darnos un rey ó haceros dictador, guerra á muerte.

—¡Oh! mi cabeza está segura sobre mis hombros; la sostienen veinticinco mil soldados.

—Y la mia veinticinco millones de franceses, contestó Danton.

Y aquellos dos hombres se separaron considerando cada cual cómo se atacaria.

XXVI.

Lieja.

Dos horas despues estaba Danton en Lieja examinando en persona el estado de los ánimos.

La noticia de la llegada del célebre tribuno causó en los lijenses diversas impresiones, pero justo es decir que el sentimiento más general fué el temor.

Desde que Danton habia visto la cobardía con la que Marat, Robespierre y Panis renegaban del 2 de Setiembre, que era su obra, habia cargado con la responsabilidad de aquellas jornadas terribles y aparecia á las poblaciones ignorantes de su abnegacion como el fantasma del terror.

Al mirar aquel rostro surcado por la viruela, trastornado por las pasiones; al escuchar aquella voz poderosa que tenia algo del rugido del leon, lá primera impresion era el terror.

Solo sabian lo que encerraba de fraternidad para el género humano y de amor para la Francia los que habian visto aquel semblante terrible dulcificarse por el dolor, aquellos ojos ardientes humedecerse por lágrimas de piedad, y los que habian sentido penetrar hasta su corazon aquella voz, cuyas dulces inflexiones transmitian una tierna emocion.

Apenas llegó á Lieja se dirigió al ayuntamiento, y allí convocó, como en las solemnes Asambleas nacionales, á los *notables* y al pueblo.

Subió á la tribuna y expuso el plan de Francia, su amor por los pueblos oprimidos y la buena fé de sus intenciones. Hizo alusion de Valmy, de Jemmapes, y explicó la necesidad que habia habido

para ejecutar al rey, deplorando que Francia hubiera juzgado solo á un individuo en lugar de toda la raza.

Les mostró, llamados á la barra de la Convencion, acusados en rebeldía y juzgados, á Federico Guillermo, con sus queridas; á Gustavo de Suecia, con sus favoritas; Catalina de Rusia, con sus amantes; Leopoldo, extenuado á los cuarenta años, y ocupándose en componer las drogas que debian devolverle la virilidad; Fernando, nuevo Claudio, en manos de una mesalina; y por último, á Carlos IV de España dando el pienso á sus caballos, ínterin su favorito Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y la reina María Luisa, conducian el reino á la guerra civil y á la miseria.

La revolucion, juzgando entonces á los monarcas, empezaba la conquista del mundo.

Despues, encomiando la abnegacion de Lieja y el valor y patriotismo que habia demostrado, dividió Bélgica en verdaderos y falsos belgas.

Demostró que los verdaderos belgas eran los que deseaban la vida para su patria, es decir, que respirase por Ostende y por el Escaut el aire puro del mar, que se llama el comercio: los que renegaban de la tiranía de los Países-Bajos, de la superioridad de las ciudades sobre las aldeas; los que querian la libertad y la igualdad para los aldeanos lo mismo que para los ciudadanos ricos é influyentes y que luchaban abiertamente contra los malos belgas, quienes anhelaban que el país continuase cautivo y sofocado, y que cerraban su patria en cofradías y corporaciones.

Todo esto lo habian pensado los lijenses; pero nadie se lo habia dicho todavía: además, ya se sabe que en tales momentos se trasfiguraba Danton por su grandeza. ¡Hombre extraño, que tenia entusiasmo y carecia de fé!

De repente, una inquietud vaga se apodera del auditorio: algunas personas entran y salen azoradas, y tres ó cuatro voces dejan oír estas terribles palabras: «¡Los franceses vienen en retirada!... ¡Dentro de una hora estarán en Lieja los austriacos!»

—Un caballo y veinticinco hombres de buena voluntad para hacer un reconocimiento, exclamó Danton.

Los veinticinco hombres se presentaron, y diez minutos despues estaban á caballo.

A los cinco minutos llevaron un caballo ensillado para Danton.

Se lanzó sobre él, corrió á casa de un armero, compró un par de pistolas, las cargó, las puso en las pistoleras, tomó un sable que fuera á propósito para su ancha mano, pagó en oro, puso en la punta de su sable su sombrero con plumas, y gritó:

—¡A mí los voluntarios! Y uniéndose á ellos salió por el camino de Maestricht.

Quince dias antes, Miranda, bajo la palabra de Dumuriez de que á la primera bomba se rendiria, lanzó cinco mil sobre Maestricht, sin que se rindiese.

Antes de llegar á las puertas de Lieja, encontró Danton los fugitivos. Pertenecian al cuerpo de ejército de Miaczinsky, quien despues de un combate mortífero para los austriacos, mandados por el príncipe de Coburgo, combate en el cual defendió una por una las calles de Aix-la-Chapelle, se vió obligado á retirarse sobre Lieja.

Entonces Danton tomó otro camino, y en lugar de adelantarse hácia Maestricht, efectuó su reconocimiento por el lado de Aix-la-Chapelle.

Interrogó á los fugitivos, y supo que además del príncipe de Coburgo y los austriacos que estaban enfrente de él, el príncipe Carlos se dirigia con los imperiales á Tongres.

Pero esto no le satisfacía: queria presenciarlo, y se adelantó hasta Saumaque, en donde vió la cabeza de las columnas austriacas, que desembocaban de Henry Capelle. No podia hacer otra cosa que proteger la retirada de los nobles habitantes de Lieja.

Entró en la poblacion: esperaba encontrar en ella á Miranda, del que le habian elogiado la serenidad y el valor. Pero solo encontró á Valence, Dampierre y Miaczinsky, los cuales, juzgándose demasiado débiles para presentar batalla, querian retirarse inmediatamente á San Trond, en donde se reunirían con Miranda y esperarían á Dumuriez. No habia que perder un momento. Danton hizo tocar la campana de concejo y reunió de nuevo á los lijenses en el palacio consistorial.

Expuso la situación, sin ocultar nada á la desgraciada población, y les ofreció hospitalidad en nombre de Francia; que él mismo, añadió, les acompañaría, pero que les aguardaba la muerte si no huían.

Eran las cinco de la tarde: la nieve caía con tanta abundancia, que los austriacos determinaron no arriesgarse en las tres leguas que les faltaban hasta Lieja.

Esta feliz tregua salvó á la población, pues si hubieran continuado su marcha sorprendían á los lijenses antes que estos hubiesen tenido tiempo de evacuar la población.

Allí desplegó Danton aquella maravillosa actividad con que le había dotado la naturaleza en momentos de prueba.

Va en casa de los ricos pidiendo dinero para los pobres; todos los carruajes, todos los caballos, todas las carretas las hace poner á su disposición; manda hacer pan en Landen y en Lonvain, avisa á Bruselas la emigración, cubre el fondo de las carretas con paja y heno, y coloca las mujeres y los niños: los enfermos van en carruajes más cómodos, y forma un cuerpo de caballería con los cuatrocientos caballos que encuentra en la población, un cuerpo de infantería con los vecinos útiles, da su caballo al burgomaestre, y él se coloca á retaguardia, á pié y con el fusil al hombro.

La lúgubre procesion se puso en marcha en la noche del 4 de Marzo, con un tiempo espantoso, más frío que el rigor del invierno y cayendo el granizo sin cesar: parecían esas antiguas poblaciones arrojadas por los bárbaros, que ignoraban en dónde se detendrían y que buscaban otra patria nueva.

De Lieja á Landen hay ocho leguas. El llanto de los niños, los gemidos de las mujeres, las quejas de los enfermos y de los heridos formaban en aquella retirada un conjunto desgarrador que destruía el corazón de Danton, tan compasivo para los lijenses.

Unid á este dolor profundo la separación de Paris, su esposa adorada moribunda en la triste casa de la calle del Comercio, la cual estaría vacía á su regreso.

Y sin embargo, ni por un momento pensó en abandonar como un mal pastor el doloroso rebaño que conducía. Su deber le encadenaba á la triste emigración más que una cadena.

Cerca de las ocho llegaron á Landen los primeros carruajes. Danton entonces se puso á la cabeza de la columna. Hizo abrir las puertas, encender fuego delante de todas las casas, y formar barricadas en la calle de Maestricht con los coches vacíos.

En el camino real fueron puestos centinelas á caballo. Si había que temer un ataque del enemigo era por el lado de San Trond, abandonado por nuestras tropas durante la noche.

Cerca de las doce se retiraron los centinelas: se escuchaban las pisadas de varios caballos.

Danton colocó unos veinte arcabuceros y sesenta ginetes en las dos primeras casas detrás de las carretas, y recomendó á cada uno que apuntasen á los soldados, procurando librar á los caballos, porque se necesitaban para los enfermos y para las carretas que se encontrasen en Landen.

Los ginetes, cuyos caballos se habían oído, era un escuadrón de hulanos que iba en descubierta.

La nieve caía en abundancia y no se veía á cincuenta pasos, de modo que los austriacos llegaron sin desconfianza á treinta pasos de la barricada.

De repente se escuchó un tiroteo terrible y sesenta hombres cayeron de los caballos, los que asustados se lanzaron por varias direcciones.

Los hulanos se retiraron en desorden, y á media legua se formaron de nuevo, volviendo á galope sobre la barricada.

Pero al llegar á la pila de muertos que habían dejado cayó por segunda vez sobre ellos una lluvia de balas que segó otros treinta hombres.

Entonces volvieron bridas, pero para no volver á aparecer.

Cada cual corrió en busca de un caballo sin dueño, ínterin varios voluntarios, atraídos por el ruido, despojaban á los hulanos de sus capotes y de los *colbacks*.

Todas las casas de la calle de San Trond se abrieron para recibir á los lijenses fugitivos, y en todas las chimeneas ardía un buen fuego. El pan y la cerveza abundaba, y Danton pagó con bonos sobre el Tesoro general.